

En El Tricentenario Del "Discurso Del Método"



La vasta contienda política contemporánea reproduce — en su esencia — el histórico conflicto entre libertad y autoridad. La vasta contienda filosófica que la acompaña, reproduce — también en su esencia — el dilema clásico entre razón y voluntad. Aquel conflicto y este dilema no son sino aspectos de una antinomia primaria que está en la raíz indivisible del pensamiento y la acción.

Como lo esclarece Hans Kelsen, entre política y filosofía existe, además de una evidente analogía externa, "una real conexión interior". La cuestión medular de una y otra es la relación entre un sujeto y un objeto — relación de poder en un caso, relación de conocimiento en otro — que, lógicamente, aunque no siempre suceda así en el espíritu contradictorio de los hombres, tienen que resolverse por un principio uniforme.

Por eso "se da en los dos casos ese eterno retorno, esa monótona insistencia en el mismo teorema, que suscita la impresión de que el espíritu humano, a diferencia de lo que ocurre en la investigación de la naturaleza y en el dominio de la técnica, está — en filosofía y en política — moviéndose dentro de un círculo de hierro, del que no tiene manera de salir".

* * *

Si existe tal correspondencia entre lo político y lo filosófico, no es de extrañar la significación militante que en la Francia del Frente Popular ha tenido el tricentenario del "Discurso del Método". La pequeña gran obra de Renato Descartes inauguró de manera formal, en el dominio del pensamiento, el esfuerzo emancipador de la burguesía consagrado políticamente en la Revolución de 1789. Pero inauguró además — superando el fatalismo clasista que pudo limitar su trascendencia histórica — un movimiento de más profunda liberación, del cual el 89, y aún la época actual, no son sino jalones remotamente iniciales.

El "Discurso", se ha dicho, es en el orden del pensamiento, lo que en el orden moral y político, representa la "Declaración de los Derechos del Hombre". Sin embargo, es ya ésta, en gran parte, categoría histórica; como ella, pasará a serlo el Manifiesto Comunista del 47, y aún nuevas Declaraciones y nuevos Manifiestos, y todavía el "Discurso" conservará viva su esencia revolucionaria.

La ciencia moderna ha corregido ciertos aspectos del método cartesiano en cuanto instrumento de conocimiento. Pero ha dejado en pie — porque es la base de ella misma — su proclamación de los derechos de la razón, frente a la imposición autoritaria y esclavizante del dogma. Esa proclamación lo es, a la vez, de la libertad de cada hombre y de la igualdad de todos los hombres; por la cualidad crítica y por la cualidad comunitaria — respectivamente — de la razón. De ahí la perennidad revolucionaria del pensamiento de Descartes, que abrió la vía — indefinidamente abierta — a reivindicacio-

Pero vale la pena anotar que el único — acaso — pensador francés que comparte con Descartes, después de tres siglos, la gloria de figurar en la línea de grandes creadores de la filosofía, Henri Bergson, nutre con su pensamiento — sería difícil establecer hasta donde con su voluntad — a las corrientes reaccionarias de la hora. En oposición al clásico racionalismo cartesiano, proclama éste la insuficiencia de la razón. Lo hace a través de un espiritualismo anti-intelectualista un poco estético, desprovisto de la masculina "voluntad de dominio" de Nietzsche, pero que de todos modos ha llevado su agua al molino ideológico del fascismo.

La beligerancia filosófica de Descartes y Bergson dentro de la cultura francesa, preside en el fondo, la beligerancia política presente, no ya de Francia, sino mundial. Es que estamos aquí ante aquella identidad a que aludíamos al principio entre la filosofía y la política: la cuestión fundamental de la primera es la relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento, así como la cuestión fundamental de la segunda es la relación entre el sujeto y el objeto del poder; y no se podría, a riesgo de ser inconsecuentes, resolver ambas relaciones con diverso criterio.

Descartes y Bergson coinciden en el problema del conocimiento, en apartarse del método escolástico, discursivo. Pero lo hacen en opuestas direcciones: el primero penetra en el objeto, respetándolo, para llegar a conocerlo tal cual es, por una intuición racional ANALITICA; el segundo se adentra en el sujeto, para crear, en cierto sentido, el objeto, por medio de una intuición irracional que bien puede llamarse SINTETICA.

El primer método da por resultado la LEGALIDAD del conocimiento, que es la base de la ciencia; el segundo niega a ésta, porque instaura una Verdadera DICTADURA DEL SUJETO.

En el problema político del poder, la situación es la misma: la filosofía cartesiana da lugar a la norma legal, reguladora de las relaciones entre el sujeto y el objeto, mientras que la filosofía bergsoniana rompe con tal equilibrio porque en nombre del Irracionalismo vital lleva a una concepción expansiva y avasalladora del sujeto del poder.

Por eso no es tal paradoja la que alguien señalaba, entre nosotros, como existente entre el hecho moderno del autoritarismo político y la tendencia a la libertad del universo de las corrientes Irracionalistas contemporáneas. No hay ahí contraste porque esta libertad anticientífica del indeterminismo es la misma libertad de lo arbitrario que representan las dictaduras. En ambos casos se va contra la LEGALIDAD, contra la norma, que es la base tanto del orden racional del universo como del imperio constitucional de la libertad política.

* * *

El pensamiento vale por la cantidad y calidad de acción — inmediata o mediata — que aporte al progreso de la humanidad.

... con el transcurso

que la acompaña, reproduce también en su esencia. Aquel conflicto y este dilema no son sino aspectos de una antinomia primaria que está en la raíz indivisible del pensamiento y la acción.

Como lo esclarece Hans Kelsen, entre política y filosofía existe, además de una evidente analogía externa, "una real conexión interior". La cuestión medular de una y otra es la relación entre un sujeto y un objeto — relación de poder en un caso, relación de conocimiento en otro — que, lógicamente, aunque no siempre suceda así en el espíritu contradictorio de los hombres, tienen que resolverse por un principio uniforme.

Por eso "se da en los dos casos ese eterno retorno, esa monótona insistencia en el mismo teorema, que suscita la impresión de que el espíritu humano, a diferencia de lo que ocurre en la investigación de la naturaleza y en el dominio de la técnica, está — en filosofía y en política — moviéndose dentro de un círculo de hierro, del que no tiene manera de salir".

* * *

Si existe tal correspondencia entre lo político y lo filosófico, no es de extrañar la significación militante que en la Francia del Frente Popular ha tenido el tricentenario del "Discurso del Método". La pequeña gran obra de René Descartes inauguró de manera formal, en el dominio del pensamiento, el esfuerzo emancipador de la burguesía consagrado políticamente en la Revolución de 1789. Pero inauguró además — superando el fatalismo clasista que pudo limitar su trascendencia histórica — un movimiento de más profunda liberación, del cual el 89, y aún la época actual, no son sino jalones remotamente iniciales.

El "Discurso", se ha dicho, es en el orden del pensamiento, lo que en el orden moral y político, representa la "Declaración de los Derechos del Hombre". Sin embargo, es ya ésta, en gran parte, categoría histórica; como ella, pasará a serlo el Manifiesto Comunista del 47, y aún nuevas Declaraciones y nuevos Manifiestos, y todavía el "Discurso" conservará viva su esencia revolucionaria.

La ciencia moderna ha corregido ciertos aspectos del método cartesiano en cuanto instrumento de conocimiento. Pero ha dejado en pie — porque es la base de ella misma — su proclamación de los derechos de la razón, frente a la imposición autoritaria y esclavizante del dogma. Esa proclamación es, a la vez, de la libertad de cada hombre y de la igualdad de todos los hombres; por la cualidad crítica y por la cualidad comunitaria — respectivamente — de la razón. De ahí la perennidad revolucionaria del pensamiento de Descartes, que abrió la vía — indefinidamente abierta — a reivindicaciones humanistas que hasta él eran prenda trascendente.

* * *

Descartes es hoy, por todo eso, un militante antifascista. La Francia del Frente Popular lo ha sentido así. Tanto más cuanto que es, por otra parte, el rector de toda la cultura francesa: por el sentido INTELIGENTE de su obra, por la fuerza y diáfanidad de su lógica, por su libertad de crítica.

samiento — sería difícil combatir las corrientes reaccionarias de la hora. En oposición al clásico racionalismo cartesiano, proclamaba éste la insuficiencia de la razón. Lo hace a través de un espiritualismo anti-intelectualista un poco estético, desprovisto de la masculina "voluntad de dominio" de Nietzsche, pero que de todos modos ha llevado su agua al molino ideológico del fascismo.

La beligerancia filosófica de Descartes y Bergson dentro de la cultura francesa, preside en el fondo, la beligerancia política presente, no ya de Francia, sino mundial. Es que estamos aquí ante aquella identidad a que aludíamos al principio entre la filosofía y la política: la cuestión fundamental de la primera es la relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento, así como la cuestión fundamental de la segunda es la relación entre el sujeto y el objeto del poder; y no se podría, a riesgo de ser inconsecuentes, resolver ambas relaciones con diverso criterio.

Descartes y Bergson coinciden en el problema del conocimiento, en apartarse del método escolástico, discursivo. Pero lo hacen en opuestas direcciones: el primero penetra en el objeto, respetándolo, para llegar a conocerlo tal cual es, por una intuición racional ANALÍTICA; el segundo se adentra en el sujeto, para crear, en cierto sentido, el objeto, por medio de una intuición irracional que bien puede llamarse SINTÉTICA.

El primer método da por resultado la LEGALIDAD del conocimiento, que es la base de la ciencia; el segundo niega a ésta, porque insta una verdadera DICTADURA DEL SUJETO.

En el problema político del poder, la situación es la misma: la filosofía cartesiana da lugar a la norma legal, reguladora de las relaciones entre el sujeto y el objeto, mientras que la filosofía bergsoniana rompe con tal equilibrio porque en nombre del irracionalismo vital lleva a una concepción expansiva y avasalladora del sujeto del poder.

Por eso no es tal paradoja la que alguien señalaba, entre nosotros, como existente entre el hecho moderno del autoritarismo político y la tendencia a la libertad del universo de las corrientes irracionalistas contemporáneas. No hay ahí contraste porque esta libertad anticientífica del indeterminismo es la misma libertad de lo arbitrario que representan las dictaduras. En ambos casos se va contra la LEGALIDAD, contra la norma, que es la base tanto del orden racional del universo como del imperio constitucional de la libertad política.

* * *

El pensamiento vale por la cantidad y calidad de acción — inmediata o mediata — que aporte al progreso de la humanidad.

El "Discurso del Método", por ello, acrecienta su valor con el transcurso de los siglos. Y recordarlo en estos momentos — aunque no coincidiese el aniversario — es hacer acto de milicia.